REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES QUIRURGICAS
Spanish Journal of Surgical Research
Vol.XII nº:3 (141-143) 2009

MEDICINA, EXILIO Y SUICIDIO: CARLOS DÍEZ FERNÁNDEZ (1903-1952)

Rojo Vega A

Cátedra de Historia de la Medicina. Universidad de Valladolid. España

Correspondencia:
Prof. ANASTASIO ROJO VEGA
Cátedra de Historia de la Medicina
Facultad de Medicina
Avda Ramón y Cajal s/n
47005 Valladolid. España

ESTUDIANTE EN VALLADOLID

Aquella mañana de Noviembre de 1921, la ciudad de Valladolid amaneció envuelta en brumas y cubierta de escarcha. El Pisuerga le prodigaba sus caricias de frío y niebla. Los habitantes la cruzaban rápidos, envueltos en sus abrigos y bufandas, camino de la oficina, del taller o de la Universidad, sin detenerse a contemplar escaparates ni a saludar a sus amigos. En el Instituto Anatómico Sierra, de la Facultad de Medicina, los estudiantes que iban llegando a las salas de disección, se desentumecían las manos en torno a los radiadores, antes de comenzar las tareas, esperando a los profesores, comentando la última obra teatral de la ciudad, la película más divertida, el chiste político del día.

En uno de esos grupos, más bullicioso que los demás, se encontraba casi siempre en el uso de la palabra, un joven de estatura media, de anchas espaldas, pelo castaño, con entradas profundas que hacían presumir una prematura calvicie; de amplia sonrisa que irradiaba simpatía, y que llevaba la voz cantante.

Era este joven, nacido 18 años antes en la misma ciudad de Valladolid [(1)] (ojo), Carlos Díez Fernández; hijo del Inspector Provincial de Sanidad Veterinaria, persona muy apreciada y respetada en la ciudad.

Desde muy temprano, Carlos, había dado muestras de ser un niño alegre, inquieto, juguetón, travieso e inteligente; pero fue la crisis puberal la que potenció estas cualidades, haciéndolo un adolescente díscolo, rebelde e indisciplinado; pero con una inteligencia fuera de lo común. Este carácter de rebeldía y capricho obligó a sus padres, mediado el Bachillerato, a internarle en uno de aquellos colegios regidos por frailes que el vulgo identificaba entonces por un color del espectro 'los amarillos', y que se caracterizaban por una educación represiva, basando su pedagogía en aquellos refranes populares de: 'La letra con sangre entra' y 'El lerdo por la pena es cuerdo' y que no dejaban de tener aceptación en la sociedad de aquella época.

La permanencia durante un par de cursos en aquel medio de disciplina, reglamentos y castigos le llevó a la conclusión inteligente de que valía la pena sofocar un tanto la rebeldía en aras del trabajo para recuperar la libertad.

Al incorporarse a su medio familiar y social, comprueba que aquel largo encierro ha despertado en él una nueva costumbre: la de permanecer más horas en casa. Horas que dedica ala lectura; lee todo cuanto cae en sus manos, periódicos, novelas, biografías, historia, etc. Esta pasión por la lectura perduraría en él toda la vida. Al final de la carrera ha leído ya los grandes clásicos nacionales y extranjeros, los enciclopedistas franceses, a Marx, Lenín, Bakunín, etc., por lo que su cultura, su lenguaje se destacan entre sus compañeros induciendo a estos a reconocer su liderazgo.

Estas lecturas no le restan tiempo para los estudios específicos de su carrera, la de Medicina, por la que se decidió después de algunos titubeos con la de Letras y en la que descuella bien pronto.

Existían en el Instituto Anatómico la costumbre, establecida por el profesor López Prieto, de colocar a los alumnos en torno a las mesas de disección, dando los nombre de 'cabecera' y 'vicecabecera' a los que ocupaban estos lugares, y no de manera gratuíta, sino en función de las notas y calificaciones obtenidas en el curso anterior, y Carlos fue el 'cabecera' de una de ellas. Estos 'cabeceras' eran, en cierto modo, responsables del orden, del trabajo y preparación en Anatomía de sus compañeros, ayudándoles en sus tareas y resolviendo sus dudas y dificultades, Este reconocimiento tácito y expreso de la superioridad de los cabeceras reafirmaba en él sus dotes de mando, su carácter de jefe de grupo que ya no perdería en toda su vida.

Iniciado el período de las enseñanzas clínicas, hace oposiciones a alumno interno practicante de clínica, siendo destinado a la Clínica de Patología Médica que regentaba el Profesor D. Misael Bañuelos, en la que se encontró, ya de interno practicante, a Andrés Olmedo, surgiendo entre ambos, a lo largo de esos años de convivencia, una amistad entrañable que per-

Fotografía de la Facultad de Medicina de Valladolid a principios del siglo XX.

duró a través del tiempo y de las vicisitudes de la vida. En general, los alumnos internos eran los mejores de la clase; obtenían las mejores calificaciones en los estudios y aprendían ese trato directo médico-enfermo que los demás no aprendían y que tanto iba a servirle a él después para su profesión. Carlos no hacía excepción a esto, estudiaba mucho y cumplía escrupulosamente, con guardas y visitas de enfermos en las salas, y, como era hombre de inquietudes e iniciativas, hasta proyectó un trabajo sobre la, entonces incipiente, Geriatría, en el último curso que estuvo asignado a la Casa de ancianos.

Era costumbre, al caer la tarde, terminadas las consultas para los médicos y las de estudio para los escolares, reunirse todos los internos y ayudantes de la Clínica en tertulia en la sala del maestro, del Profesor Bañuelos, en donde se hablaba de todo: de lo divino y de lo humano, y en donde, al decir del Dr. Cortejoso a la muerte del maestro: "*Allí D. Misael, enseñaba a los hombres a ser médicos y a los médicos a ser hombres*".

A estas tertulias vespertinas no asistía carlos; decía que no le gustaba oir el monólogo del maestro dos veces diarias, y si el monólogo del maestro caía monótono, como lluvia vasca del sirimiri, aquel como ésta calaban, ayudaban a formar la personalidad de aquellos que la recibían, la mayoría de los cuales fueron catedráticos después.

Carlos tenía otras inquietudes y preocupaciones sociales, políticas y amorosas, y éstas eran las razones de no compartir con el maestro y los compañeros estas reuniones vespertinas tan interesantes y formativas.

La dictadura militar, establecida por el General Primo de Rivera, a finales del año 23, con su recorte de libertades públicas y de los derechos humanos, vino a canalizar las rebeldías, verbales al principio y de acción después del joven estudiante de Medicina. Siempre en la oposición del régimen, cuando éste se fue desgastando y desacreditando con el ejercicio del poder y aquella se fue concretando en grupos y corrientes adversas, el reflejo en las Universidades se traducía por un movimiento subversivo, republicano, clandestino, que, de vez en cuando se manifestaba en huelgas estudiantiles que obligaban al Dictador a cerrar las Universidades por algún tiempo, lo que cintribuía a su propio descrédito y a la propaganda de sus oponentes.

En el grupo dirigente de esta oposición en Valladolid, todavía en nebulosa, figuraba Carlos al lado de otros nombres como Arias, Eguren, Landrove, Vela, Redondo, etc. Sus 'terribles' reuniones se celebraban en el Ateneo, "*El Norte de Castilla*" o en el Círculo Republicano que, entonces, presidía el paisano y correligionario de Pi y Margall, D. Jaime Simó y Bofarull, caballero ejemplar, fraternal y bondadoso, republicano de buena fe, aunque quizá un tanto decimonónico.

A estas reuniones asistían, en ocasiones, delegados de otras Universidades, sobre todo de la de Madrid, portadores de orientaciones y consignas. En una ocasión de éstas, el visitante era José María Sbert y Massané, estudiante de Ingeniero, catalán, expulsado de la Escuela de Ingenieros de Barcelona por el Dictador, por el recibimiento poco cortés que le dispensó aquel centro estudiantil al propio Dictador.

Después de la reunión correspondiente a 'puerta cerrada', en uno de los locales antes citados, había que obsequiar con una cena al ilustre visitante. Esta se celebró en el Hotel Inglaterra y a ella asistieron casi todos los de la reunión de la tarde. A los postres, como era lo establecido, ofreció la cena Carlos y contestó Sbert, ambos con la mesura y el comedimiento que las circunstancias requerías. Al día siguiente el visitante siguió su viaje y los demás comensales iban a la comisaría y algunos a la cárcel.

Todas estas actividades, elaboración de artículos impregnados de tímido aire liberal y democrático, que se publicaban en una sección juvenil de 'El Norte de Castilla', la correspondencia con otras Universidades, requerían tiempo que Carlos sacaba de sus estudios, sin desdoro de éstos, pues sus calificaciones eran casi siempre óptimas, dando pruebas de una capacidad de trabajo extraordinaria. Sus obligaciones hospitalarias de alumno interno no eran descuidadas, y las guardias y visitas vespertinas a sus enfermos eran para él sagradas, sin olvidar la asistencia a clase diariamente y demás deberes escolares.

Su participación en las actividades políticas no era sólo la intelectual, más o menos contemplativa, sino la del hombre de acción. Más de una vez se le pudo ver, en el curso de la huelga estudiantil, capitanear un grupo de resistencia frente a aquellas 'cargas' de los ya adultos y obesos guardias de seguridad, juegos inocentes comparados con los que, años más tarde, habían de ensangrentar las calles y plazas de nuestra patria; pero que, entonces, representaban una violencia inusitada para la conciencia ciudadana.

Un letrero que rezaba 'Círculo Católico de Estudiantes', que figuraba sobre la puerta de la Congregación de Los Luises regentada por los jesuítas en una calle de paso para la Facultad de Medicina [(2)], le causaba especial irritación. "*No concibo* – decía – *que en una nación en que no se permite más que una religión, la católica, se denomine un Centro con este apelativo sin caer en clericalismo. No ocurriría así, si al lado de ese Centro Católico de Estudiantes, pudiera haber otro con el apelativo de protestante, judío o hindú*".

Vista aérea del Valladolid de la época.

Un día, en esa misma calle, a unos metros del Centro Católico, se encontraron dos pequeñas manifestaciones de signo contrario; una que se encaminaba hacia la Facultad de Medicina y la otra hacia la plaza de la Universidad. Se cruzaron voces, gritos, insultos al enfrentarse, y, Carlos, que iba en vanguardia de la que se dirigía hacia la Facultad, impulsado, sin duda, por esa fobia al letrero en cuestión, que se hallaba sólo a unos metros de distancia, dirigiéndose al que llevaba la bandera de la Congregación Mariana primero, y a otro que portaba un cuadro de San Luis Gonzaga, después, arrebató la bandera al uno y le metió el cuadro al otro por la cabeza, de un golpe, dejándoselo colgado sobre el pecho a modo de escapulario. Gesto violento que corrobora que al hombre de pensamiento se unía el de acción.

Era impulsivo, valeroso y audaz; todo al servicio de una gran inteligencia y de una poderosa ambición, con una gran voluntad para el trabajo. Tenía tiempo para todo: estudiaba, asistía a clase y a las clínicas, participaba en actividades políticas y escolares y aprendía idiomas, y, sobre todo, leía; leía a los clásicos y a los contemporáneos: a Cervantes y a Quevedo, a Unamuno y a Ortega, a Platón y a Aristóteles y a Bergson, por lo que, cuando terminó la carrera, aparte de una sólida formación médica, tenía una cultura literaria y filosófica poco común en los licenciados de aquella época.

Al terminar su carrera se le planteaba, como a todos, qué hacer con el título: Medicina en el campo o Medicina en la ciudad. Para lo primero no concebía vivir en el medio rural, él que había vivido toda su vida en la ciudad. Para ejercer en ésta se necesitaba un período previo de aprendizaje de una Especialidad o una plaza no fácil de conseguir por los recién salidos de la Facultad. La Beneficencia Provincial o Municipal, las oposiciones de ingreso en la Sanidad del Ejército o de la Armada, no le seducían, dadas sus convicciones políticas.

¿Preparar cátedra? Esto le pasó por la imaginación; pero le faltaba el mínimo asidero económico y no se senía demasiado enraizado en la escuela de su maestro Bañuelos de donde salieron tantos catedráticos. En esto, un acontecimiento, no médico, sino político, vino a darle la solución.

Eran los últimos años de la Dictadura de Primo de Ribera. Los partidos políticos de la oposición, aunque en la clandestinidad, empezaban a tener perfiles propios, organización propia y actuaciones más o menos ostensibles. A los movimientos juveniles de oposición, más o menos latentes, como el descrito anteriormente de Valladolid, había que articularlos a nivel nacional y darles unas orientaciones centrales en conexión con esos partidos políticos. El encargado de esta orientación, de estos movimientos juveniles, era el profesor de Derecho Penal de Madrid, el Dr. Luis Jiménez Asúa, más tarde diputado socialista y figura de gran relieve en la República Española. Este profesor vio en el joven licenciado, Carlos Díez Fernández, el líder más idóneo para el mando de este movimiento juvenil al servicio ya de la causa republicana. Y, con este propósito, Carlos abandonó Valladolid para ponerse al frente, en Madrid, de este movimiento. Este cargo, remunerado, vino a resolverle el problema de su futuro inmediato, permitiéndole continuar su formación médica.

NOTAS DEL AUTOR

(1) Por haber vivido desde la más tierna infancia en Valladolid, el narrador lo tiene por vallisoletano – él mismo se tenía por tal, véanse sus recuerdos de niño de la Cuesta de la Maruquesa -, pero había nacido en Madrid.

(2) Calle de Ruiz Hernández.